



IX - JUVENTUD - PARA
UN PERIÓDICO DE JÓVENES



ACE poco, he cumplido años. Cuantos, no importa. Física-mente, no me pesan. Por lo que se refiere al espíritu, me ocurre lo contrario de lo que las gentes suelen figurarse; y es hallarme hoy más joven que hace una veintena. ¿Paradoja? No. Hecho ciertísimo, y cuya explicación, en el sentido que la hago, depende del concepto que se tenga de la juventud.

Ser joven espiritualmente vale tanto, (en el común sentir de nuestros días) como no tener cristalizada la inteligencia ni secas las fuentes del sentimiento; es ser capaz de entusiasmos por las grandes causas, por los ideales más elevados de la vida y, a la vez, reservado y discreto en punto a las conclusiones, sin encerrarse en ninguna de modo definitivo, pronto

a la rectificación con fácil ductilidad que se preste a recibir, de manera amplia, las influencias de todas partes, abierta la mente a los cuatro vientos, en perpetuo hacer y devenir, para que nada en ella se acartone y osifique, libres las manos de toda ligadura de partido o escuela con programa irreformable; es seguir, con afán y con modestia de discípulo, las fluctuaciones de los hechos, los cambiantes de la realidad, las evoluciones del pensamiento humano, que busca trabajosamente el camino para cumplir mejor los altos fines y aliviar más eficazmente cada día los profundos dolores de la vida; es ver con simpatía, con alegre esperanza, todo florecer nuevo, que tal vez nos trae la palabra y la acción redentoras, no sabidas encontrar por nosotros; es sentir generosamente y con aquel altruismo que más puede favorecer a los intereses humanos, superiores a los nuestros individuales, de región y de pueblo...

Ahora bien; la juventud física, la de los veinte años, no suele ser así. Tiene algunas de esas cualidades, pero no todas; y entre las que le faltan, está, de ordinario, la ductilidad de espíritu, contra lo que suele creerse. La juventud, lejos de ser abierta, poco amiga de pararse en conclusiones dogmáticas, las apetece y las adora. Tiene la idolatría de un hombre, de un libro, de una escuela, y en ella se afirma con valiente entusiasmo (con fanatismo, a menudo), produciendo de esta suerte gran-

des acciones, pero unilaterales. El joven, sintiendo toda la fuerza de su personalidad naciente, pone su yo ante todo, desprecia el parecer ajeno o de quien no comulgue con sus ideas, considera su doctrina como la superior y más fundada y lucha ardoroso por mantenerla intangible; y no es eso lo peor, sino que, a veces, esos entusiasmos son superficiales y no han calado en la conciencia tan hondo como es preciso para convertirse en convicciones propiamente dichas. A la verdad, preferible es que sea así, para que, luego, el mayor estudio de cosas y de autores, el mayor reposo del espíritu, vayan desvaneciendo esas idolatrías, minando esos dogmatismos y restaurando la verdadera libertad del pensar...

Tal me ha ocurrido a mí; y como a mí, a muchos otros de mi tiempo y de mi generación. Más cristalizados, más cerrados, más fanáticos en fin, fuimos a los veinte años, que lo somos ahora; y por eso nuestro espíritu es hoy más joven, más fresco, más *progresivo* que entonces.

La juventud de hoy, la que empieza a florecer, parece haber comprendido esto y huye del peligro en que han solido caer siempre sus antecesores. ¿Es verdadera rectificación de una cualidad que pudiera creerse típica de los pocos años? ¿Es, simplemente, fenómeno pasajero de desorientación, de posición crítica? No lo sé; pero yo desearía que fuese lo primero, porque esto sólo nos puede llevar a la

formación científica de las opiniones y a la franca y positiva tolerancia de todo pensar, que aún es, en la mayoría de los hombres, pura aspiración platónica que la conducta desmiente a cada paso.

Diario de Alicante parece haber tomado ese camino. Con él voy del brazo, gozoso de que en mi tierra alicantina brote el árbol nuevo en que esperamos ver cuajar el fruto del porvenir.





EL ESFUERZO PROPIO

EN Inglaterra y en Norte América ha florecido durante el siglo XIX — y sigue floreciendo — una interesante literatura moral de tipo laico (quiero decir, no teológica ni ligada estrechamente a ninguna confesión religiosa especial), que bien puede llamarse de característica de aquellos países; pues si es cierto que en los latinos no falta alguna manifestación de ella, nunca ha sido cultivada entre nosotros de un modo tan asiduo, ni ofrece nombres tan notables y de fama mundial como los ingleses y yankis de igual género.

Esa literatura de un tono práctico, dedicada singularmente a trazar la línea de conducta en la vida y a combatir el pesimismo, el desaliento, el abandono de la voluntad y,

también, las vanidades pueriles que tanto suelen embarazar nuestro camino, ha comenzado a difundirse entre nosotros — quiero decir, en los países de lengua castellana, — merced a traducciones que van menudeando y que por su modesto precio de venta podrán llegar a los más humildes lectores.

Emerson, Smiles, James, Trine, Marden, Stanley Hall, han hecho así su entrada en el campo de la cultura española; y no es dudoso que a la larga influirán grandemente en nuestra juventud, porque el fondo ético, sereno, elevado y práctico a la vez, de su doctrina, concierta de un modo perfecto con la tradición estoica de nuestros moralistas, desde los más remotos, a los que encarnaron en libros y en hechos el ideal lleno de abnegación, de impersonalismo y de desprecio a las pequeñeces y miserias de la vida, del krausismo español.

Entre las cosas que más procupan a esos escritores — y en general, a todos los que se cuidan de la educación ética de la juventud, — hay dos cuya importancia sería ocioso encarecer: la reacción contra el desaliento, y el encomio del esfuerzo propio, en oposición al aprecio exagerado de la influencia que sobre nuestra vida pueda tener el medio exterior.

No hace muchos días, lord Haldane, Presidente honorario de las Sociedades cooperadoras (*Associated Societies*) de la Universidad de Edimburgo, decía a los estudiantes estas

alentadoras palabras: "En la vida, estamos sujetos a toda clase de reveses, grandes y pequeños. Sólo hay un camino para contrarrestar la depresión que producen en ella, y es el de adquirir aquel amplio criterio que muestra cómo los reveses no son lo más importante de la vida. El hombre debe abrazar la más amplia y alta visión de ella que sea posible, y aplicar sus mayores energías a realizarla. Esa visión, con su poder animador, acudirá a él si procede con suficiente empuje. Para unos se ofrecerá esa visión en la forma cristiana; para otros, en el modelo de la filosofía; también para algunos será el Arte quien les revele la verdad de que lo ideal y lo real, lo infinito y lo finito, no son cosas diferentes y extrañas las unas a las otras, sino aspectos distintos de una sola realidad".

Y acudiendo en seguida al aspecto *práctico* de la cuestión, a la propedéutica de la conducta, que es donde, para muchos, estriba la dificultad. Lord Haldane se preguntaba: — "¿Cómo podrán los estudiantes, con o sin esa suprema fuente de energía a que me he referido, prepararse por sí mismos para lograr las mayores probabilidades de éxito?" Y contestaba: — "Algo sé de los hombres y de las cosas, y he observado la alternativa de éxito y fracaso en varias profesiones y ocupaciones. Yo mismo he experimentado muchos altos y bajos, y en el curso de mi vida

he caído en abundantes equivocaciones. Pues bien; siempre me resulta interesante mirar hacia atrás y considerar, a la luz del mayor saber adquirido, porqué razón fracasé en tales o cuales ocasiones; y el resultado de esta investigación ha sido evidenciarme que las equivocaciones y faltas cometidas, casi siempre hubiera podido evitarlas de poseer yo, en la ocasión oportuna, un conocimiento más completo y real de las cosas y más firme decisión y persistencia. — Todos o casi todos hallamos en la vida numerosas ocasiones de éxito; pero amenudo sabemos poco para aprovecharlas y amenudo aún pasamos junto a ellas sin percatarnos de su proximidad. Perrechaos de saber y de energía; y cuando hayáis llegado a una resolución deliberada, perseguíd de frente su ejecución, marchad hacia ella con propósito firme y ceñudo de persistir en el designio“.

Poco después, lord Strathcona decía a los jóvenes ingleses en un acto público: “Vuestro porvenir depende realmente de vosotros mismos, y será lo que queráis que sea... Sin duda, la ocasión es una gran cosa, y se ofrece a ciertos hombres más frecuentemente que a otros; pero son muy contados aquellos a quienes no se presente alguna vez. Si no estáis prontos a utilizarla cuando llegue; si no os habéis preparado para serviros de ella, la falta será vuestra y vosotros seréis los perjudicados“.

Y glosando el mismo pensamiento, la misma convicción fundada en la experiencia de la vida, Ralph W. Trine ha escrito:

“Hablamos muchas veces del Destino como si fuese una cosa exterior y extraña a nosotros, olvidándonos de que el Destino aguarda siempre las condiciones que le imponemos. Cada hombre decide su Destino por los tipos de pensamientos que acaricia, y ejerce una influencia dominante sobre su propia vida. Lleva el timón de la nave de su pensamiento; y al guiarla, determina el curso que ha de seguir; pero si vacila o flaquea su pensamiento, entonces va a la deriva y el Destino marca su rumbo. No es el hado cosa tangible, no es ninguna fuerza que tome forma y nos domine contra nuestra voluntad. Por medio del conocimiento y del uso que decididamente hagamos de la silenciosa, pero siempre laboriosa, fuerza del pensamiento, nos imponemos a las circunstancias. De lo contrario, si nos falta ese conocimiento o no sabemos hacer uso de él, nos dejamos dominar por las circunstancias“.

A la juventud de los pueblos latinos le conviene leer y meditar con frecuencia estos pensamientos, por que es propicia a dejarse llevar por los contrarios, a creerse juguete de fuerzas extrañas, que escapan a su voluntad, a su preparación para la vida, a su saber, a su destreza, a la adaptación de sus facultades para la labor social; perpetuando así un

error característico del período romántico, que más tarde ayudó a mantener un positivismo fantástico, ajeno a toda investigación serena de la realidad (1).

ASTUCIA CONVENIENTE

Lo primero en la vida, es ser sincero, amar la verdad, confesarla y luchar por ella, aún a riesgo de perjuicios personales; pero esto no excluye cierta habilidad de conducta, cierta reserva de intenciones para conseguir el fin que nos proponemos.

No sólo no hay necesidad de decir a voz en cuello cual es el propósito final de nuestra vida, si no que, en la mayoría de los casos, conviene guardarlo secreto para que no le alcancen las torcidas intenciones que casi siempre nos rodean. Lo importante es que ese propósito sea honrado. Siéndolo, no importa que contradiga los que otros tuvieran respecto de nosotros, empeñándose en llevarlos a senda distinta — aunque sea muy alta y holgada — que la que apetecemos, o propagando que esta es la que ellos suponen. Persegamos la nuestra; y cuando la alcancemos,

(1) Ver mi estudio sobre *Psicología de la juventud en la novela moderna* (en el libro *De Historia y Arte*. Madrid, 1898)

dispuestos a servir desde ella a nuestro pueblo y a la humanidad, contengamos el goce maligno que quizá tuviéramos en decir a las gentes que pueden creernos fracasados (sólo por que no somos lo que ellas querían o temían) cuán engañadas están y cómo toda la victoria apetecida por nosotros es nuestra. Mejor es negarnos ese placer de expresar nuestro triunfo y el engaño de los otros, y contentarnos con el de reirnos interiormente de la liviandad de muchos juicios humanos.

SUPERIORIDAD DEL TRABAJO

Trabaja, crea, produce. Eso queda. Los mordiscos de la envidia, la baba de la maledicencia, pasan. Si alguien, apasionado, les da hoy crédito, la posteridad, más serena, verá claramente la intención impura que los produjo y los despreciará.

En cambio, tu obra positiva será estimada como un bien que, si no ha realizado todo lo que se propuso, cuando menos ha hecho posible que otros lo realicen plenamente.

Los nombres de los creadores, perduran; los de quienes sólo hicieron obra negativa de difamación y de estorbo para los buenos propósitos ajenos, se olvidan o se recuerdan con asco.

Muchas veces te atacarán con injusticia. Piensa, ante todo, que eso ha ocurrido a muchísimos hombres y seguirá ocurriendo mientras haya humanidad, y que los ataques son tanto más rudos y frecuentes cuanto más te acompañe en la vida el éxito. No es por tanto una desgracia que el destino te guarde a ti solo y por la que debes quejarte de un modo especial.

Si eres un hombre justo y desapasionado, piensa también que ya, con esto, vales más que quien te ataca. Tú no serías capaz de hacer con él lo que él hace contigo, y la opinión imparcial — más poderosa de lo que tú crees — lo apreciará así. Un hombre que dice: "Contestaré al insulto con el insulto, a la calumnia con la calumnia", es tan miserable como aquel de quien pretende defenderse; por lo menos, es indigno de representar el principio de orden y justicia en el mundo, y sobre él no se edificará seguramente la sociedad futura cuyas bases han de ser la verdad y el respeto mútuo. Toda esa ventaja llevas pues, y con ella, la tranquilidad de tu conciencia, que te asegura la pureza de todos tus actos.

Si te niegan méritos, no te acongojes. Lo probable, diré aún más, lo seguro, es que tú te equivoques en cuanto a la magnitud

y la significación de los que poseas; pero si tienes alguno efectivamente, mayor o menor, tendrás también la conciencia de él, que te comunicará fuerzas para proseguir; y esa, *no te la pueden* quitar los juicios ajenos.

Considera igualmente qué clase de opinión es la que te importa estimar como elemento coadyuvante de tu conducta. No desprecies la crítica que de ti hagan; pero mira quien la hace. La de un hombre apasionado, por mucho que sepa de lo que habla, no puede ser guía segura. No estimes más que la de aquellos que tengan competencia para juzgarte y limpieza de intención en ello. Si te dejas arrastrar de otras, ya para perder confianza en ti mismo, ya para gastar el tiempo en rectificarla, no harás más que contribuir a que el mal intencionado logre su propósito en lo que más lejos de su acción puede y debe estar. Sé libre hasta en eso.

No te aflijas tampoco mucho de que resten eficacia y acierto a tu labor. Aunque todos — los injustos y los justos — coincidieran en esto, no te aflijas. Lo único que debe preocuparte es si has puesto en tus actos, en tus obras intelectuales y morales, todo el cuidado, todo el esfuerzo, todo el amor que requerían. ¿Ha sido así? Pues nadie tiene derecho a pedirte más, ni tu mismo a ser más exigente contigo. Que su alcance sea menor que el que tú hubieras apetecido, no es culpa tuya, y sólo debe conturbarnos lo que es culpa. Otra

cosa sería vanidad, y la vanidad es un estorbo en la vida. Conque hayas contribuído de algún modo al triunfo de la verdad o de la justicia, a la difusión de la cultura, al acrecentamiento del saber, habrás hecho cien veces más que todos los que te critican, entre los cuales serán legión los que nada hayan hecho.

Pero si, además, el juicio de los competentes y de los desapasionados te dice que hay cosas útiles en lo que hiciste; que has sido un buen colaborador en la obra común; que has abierto caminos nuevos, o desbrozado parte de los antiguos, que entre tus errores — ¿quién no los tiene? — hay aciertos y obra aprovechable, sírvate esto de responsabilidad para seguir trabajando más y más y de modesta satisfacción para no desconfiar de ti mismo; pero no te envanezcas por ello, ni creas que has hecho ya bastante.

Y si todo esto considerado, no experimentas dentro de ti la serenidad ante los ataques injustos, tiembla por tu obra, la que deseabas hacer, y quéjate de ti mismo, no de los otros.

JUVENTUD Y VEJEZ

No quiero ocultarte que la vejez es triste; por lo menos, que tiene muchos motivos para ser así y que la vida toda, en su arrastre

de experiencia, la induce a ser de ese modo. Aunque hayas logrado mantener la serenidad de que te hablaba antes, no evitarás que el espectáculo de las miserias humanas te llenen el espíritu de melancolía, si no por ti, por los hombres todos, de cuyo mejoramiento moral dudarás al fin de tus días.

Quizá esto es inevitable; pero quizá es un error, un efecto del crepúsculo de la vida. Cuando los gigantes se llevaron a Freya, los Dioses y el paisaje que los rodeaba, palidieron.

Pero considera que la necesidad de mantener fresco y juvenil nuestro espíritu, no termina en la esfera intelectual. También es exigida en la esfera moral. Procura no sólo tener flexible la inteligencia, pronta a recibir las nuevas verdades, refractaria a toda cristalización, si no también alegre el ánimo, reaccionando diariamente contra la tristeza de los años (quiero decir, de la experiencia) y la falta de entusiasmo por las cosas que merecen entusiasmo. Ciertamente, tu alegría entonces no será como la de la juventud; pero procura tenerla, pensando en que tú no te llevas la vida, que contigo sólo se agota un hombre, y que ella sigue irrefectible, luchando por subir cada vez más alta. Si te abates, darás mal ejemplo a los que detrás de ti vienen a la pelea. Háblales siempre como si creyeses en el triunfo, porque después de todo ¿quién te dice que no llegará cuando

tú no puedas verlo? Careces de derecho para desanimar a los que tienen ánimo.

Por otra parte, la vejez no es tan mala como muchos creen. La vejez, en las almas bien dirigidas — y tú debes *querer* ser de éstas — es un triunfo.

Cuando se habla de juventud, las gentes sólo recuerdan los días felices, los juegos, las alegrías, la salud, la despreocupación de la vida. Pongamos que haya sido así, borrando de golpe las experiencias de juventudes tristes, miserables, llenas de dolor y de tristeza. Quedará todavía otra cosa de una importancia enorme y que suele olvidarse: la serie de luchas, de desengaños, de amarguras, de tanteos, de caídas, de equilibrios inverosímiles sobre la cuerda floja de la realidad, a través de los cuales se ha ido haciendo nuestra vida y hemos ido conquistando un sitio en el mundo, sitio más o menos grande, más o menos modesto, pero que es siempre un puerto de refugio, de descanso, de seguridad, y no sólo en la relación de las necesidades económicas — que a todos obligan — pero también en la de la educación del espíritu (que es materia más grave), cuyas tormentas, para el hombre reflexivo, son de mayor trascendencia y utilidad.

Quien haya leído, algo más que por curiosidad, la autobiografía de Tolstoy, las confesiones y memorias de muchos hombres sinceros cuya inteligencia y fortuna admira el

mundo, habrá visto cuán trabajosamente, a través de qué heroicas luchas, se forma la grandeza intelectual y moral de los escogidos. ¡Qué no será en la vida de los que, modestamente, han ido ascendiendo desde los estados inferiores de los primeros años, de la misma juventud, a las victorias de la madurez, en que el hombre que quiso saber algo y ser bueno llega quizás a lo uno y a lo otro, dentro de la limitación humana, después de dejar en el camino imperfecciones y miserias, tristezas y sangre, que los arañazos del mundo hacen verter a los que no se abroquelan tras el egoísmo!...

Que corra, que corra el tiempo; que se sucedan los años, permitiéndonos subir en la escala infinita que separa al hombre racional — último término de una evolución fatigosa, — de los comienzos de la vida, irreflexivos y dominados por la herencia de primitivas inferioridades.

No deseemos repetir el viaje, lleno de retrocesos y paradas. Y sigamos trabajando, avanzando, *mientras haya luz*.

SERENIDAD Y ENERGÍA

No confundas la serenidad de que te he hablado antes, con la resignación cobarde

que no lucha ni se indigna. Te he predicado la serenidad en los asuntos personales, en los que pueden herir tu amor propio, diciéndote como, si la justicia y el trabajo están de tu parte, hallarás en ti mismo la mejor defensa contra las injusticias o los ataques mal intencionados. Necesaria es también en todo momento de la vida, pero no ya para rehuir y despreciar la lucha en el terreno injusto en que quieran presentártela tus enemigos para desconcertarte o tan sólo por que su pasión no les permite ver otro campo, si no para ser dueño de todas tus facultades y energías en la lucha. Seguro de esto, deja correr el ímpetu de tu sentimiento. No limites el poder que, si eres bueno, tendrás, de indignarte contra los malos y de perseguir su obra.

“Ni en la juventud ni en la vejez — dice Stanley Hall — conviene contener demasiado la expansión del sentimiento, siempre que no llegue al punto de perder el dominio de sí, que siempre hay que conservar. Debe considerarse la indignación, por desagradable que sea, como un grande y rico veneno de energía que necesita conocerse y encauzarse debidamente”.

Y en otro pasaje, añade: “Con todos los abusos; con las faltas de justicia, los fraudes, engaños, supercherías y burlas; la crueldad y opresión de los individuos o razas débiles por los fuertes; la explotación de los incautos e indefensos; los numerosos crímenes contra

la salud, el bienestar y la virtud, que cometen individuos y corporaciones egoistas; con todo eso, hay causas suficientes para justificar toda la cólera del mundo; y si esa cólera se dirigiese contra tales abusos, no se tardaría mucho en hacer desaparecer la mayor parte de ellos”.

No te avergüence sentir esa cólera; más procura ser tú siempre quien mande en ella para que no te arrastre a cosas que perjudicarían en primer término a las buenas causas que defiendes.

LOS ENEMIGOS

Si eres como te he dicho, tendrás enemigos en gran número. Bueno es que lo sepas, con saber siempre presente en la memoria. Más enemigos tendrás por ser justo y evitar injusticias, que por el fanatismo de las ideas contrarias a las tuyas. Escudriña en la mayoría de los ataques que te dirijan y verás que un diez por ciento es de envidiosos o de sinceramente opuestos a tus ideas, y un noventa, de gentes cuyas malas artes, cuyas granjerías, cuyas explotaciones, estorbos, o que temen que les descubras sus maldades.

Un personaje de *La noche del Sábado* ob-

serva que a menudo hay gentes que esquivan nuestra sociedad no por que sepan nada malo de nosotros, si no por lo que sospechan que sabemos de ellas. Podría añadirse, que muchas también nos atacan por eso mismo.

Resígnate, pues, a tener enemigos, si eres bueno. Digo mal que te resignes: alégrate, por que es señal de que eres justo y de que vales. Ni aún los hombres acomodaticios, que a todos dan el parabién y con todos quieren vivir en paz, dejan de tener enemigos; y tal vez estos más que tú, por que tú, al fin, tendrás también amigos que te estimarán, y a ellos los desprecian todos.

Pero si eres blando de condición y no quieres enemistades, renuncia a practicar en tu vida la justicia; renuncia a luchar; renuncia a vencer; obscurécete y no hagas sombra a nadie, ni a nadie ayudes.

Tú dirás qué camino escoges.

